

R. 5. 5. 2

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE OVIEDO,

EN

LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

de

1869 A 1870,

POR

D. JOSE CAMPILLO Y RODRIGUEZ,

Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras,

Licenciado en la de Derecho, y Catedrático numerario de Literatura general Española
en la misma Universidad.

Libro 5476 70



OVIEDO:

IMP. Y LIT. DE BRID Y REGADERA,
calle Canónica, núm. 19.

1869.

ILMO. SR.:

“Brotan de pecho lleno las palabras”, ha dicho Quintiliano: Horacio decia: “*Omnia superfusa pleno de pectore manant,*” y en el libro por excelencia santo se lee: “*ex abundantia cordis loquitur os.*” Parece pues cosa cierta, ilustrísimo señor, que cuando el alma siente vivamente, el labio expresa con facilidad el estado del corazón.

Y sin embargo, sintiendo yo mucho en este momento por el honor que me dispensais, encargándome que lleve vuestra voz en esta solemnidad, que celebra la apertura del templo de la ciencia, el agradable momento en que el alumno, ávido de aprender, y el maestro, ganoso de enseñar, se unen cordialmente para cooperar juntos á su mútuo mejoramiento, me vea dificultado para hablar de modo que pueda por algun tiempo atraer vuestra atencion. Y es, que de mi sentimiento pudiera yo decir con Veleyo Patérculo: “*ipsa nocet molles,*” á

mas de que no basta sentir mucho, y aun expresar bien este sentimiento, lo que no conseguiré yo de seguro, para hablar en esta solemne ceremonia el lenguaje que vosotros esperais, y teneis derecho á exigir, porque es el que estais acostumbrados á usar, el lenguaje de la ciencia, el de los profundos y sólidos conocimientos, que os han deparado vuestros talentos preciaros despues de asíduos trabajos de investigacion y meditacion.

Pero ya que así no podré hablaros, recibid al menos mis palabras como la expresion de la gratitud que en el corazon abrigo por las repetidas muestras de benevolencia y amistad con que tanto me habeis honrado ya, y no dudo que en ellas encontrareis tambien claro el propósito de seguir por la hermosa senda que me trazais, aunque con la seguridad de que no dejaré en ella las huellas con que vosotros la embelleceis.

Asi, pues, confiando en que con vuestra reconocida prudencia llenareis el inmenso vacío que habeis de encontrar seguramente en el trabajo á que por breve tiempo vais á dedicar vuestra atencion, os voy á presentar su objeto. Hoy que con tanto ardor se debaten los mas grandes problemas sobre las condiciones de la vida de la Humanidad, y con investigadora mirada se registra la historia, para buscar en ella una enseñanza provechosa acerca de las leyes bajo que el género humano hace su vida, lo cual eleva á la Historia Universal á la categoría de una verdadera ciencia, pienso hablaros de uno de los puntos mas importantes de esta. Me propongo, "dado el estado actual de la ciencia, examinar si existe una ley de unidad bajo la que deba estudiarse la historia, y las principales teorías que con este fin se han formulado."

Antes de entrar en las investigaciones que para la exposicion del tema son indispensables, me habeis de permitir dos palabras sobre la importancia y utilidad

de la Historia y sus fines principales. Todos en casos análogos habeis tenido alguna palabra de elogio y encajamiento para la asignatura que elegisteis, no porque no ameis á las demas, como hermanas que son y partes del todo comun á que llamamos *la ciencia*; sino porque, como es natural, la en que os ocupais, os es la predilecta, porque es para vosotros la hija de vuestro trabajo, á la vez que la que ha venido á realizar vuestras esperanzas, si, como yo, las cifrabais en llegar un dia al modesto pero honroso lugar en que os coloca vuestro título de catedráticos. Si yo olvidara la asignatura, cuyo desempeño fué para mí la realidad de mis dorados ensueños, pecara sin duda de ingratitud. Por otra parte, si en mi nombre hiciera de ella algun elogio, á mas de pálido, habia de aparecer interesado, y falto de imparcialidad. Prefiero por tanto presentaros el que sirve de preliminar á las obras de Diodoro de Sicilia, cuya autoridad en esta materia no desconoceis, y que es sin duda entre los muchos que de la historia se han hecho, el mas prudente y digno de especial atencion.

"Todos los pueblos de la tierra, dice este historiador, deben reconocimiento á los escritores, que componiendo historias universales, se esfuerzan por contribuir con su trabajo al bien general de la sociedad humana, y preparan al lector una instruccion cómoda, y tranquila. La experiencia que uno adquiere por sí mismo, es el fruto de mil trabajos y peligros. El héroe de Homero, que habia visto tantas ciudades, y conocido tantos pueblos, habia tambien sufrido mucho. La experiencia que da la historia, está exenta de estas penalidades. Los historiadores someten, por decirlo así, á unos mismos principios, y á unas mismas leyes, á esa multitud de hombres, á quienes une la naturaleza, y separan las diferencias de tiempos y climas. Asi como el poder divino, de todos los astros, de todas las criaturas diseminadas por la inmensidad del espacio,

no ha hecho mas que uno solo y el mismo universo, los historiadores, imitadores de la Providencia, reúnen en un solo cuerpo todo lo grande, que ha aparecido en todas partes y en todos los siglos. Grande bien es poderse uno aleccionar con los desvarios y caidas de otro, y tener por guia, no una aventurera indagacion de lo venidero, sino un seguro conocimiento de lo pasado. Si por algunos años que cuentan mas los ancianos, son preferidos á los jóvenes en los consejos públicos y privados, qué estima no merecerá la historia, que lleva consigo la experiencia de tantos siglos? Ella suple la edad que falta á los jóvenes, y alarga indefinidamente la de los ancianos. Con razon, pues, ha pasado siempre por la ciencia mas útil, y la mas eficaz de las instrucciones. Por ella hombres oscuros han venido à ser ilustres capitanes, y la inmortalidad que proporciona á los hombres distinguidos, ha sido fecunda semilla de acciones bellas. Aumenta el valor de los buenos ciudadanos con los elogios que tributa á los que han expuesto su vida por la salvacion de la patria, y amenaza á los malos con el eterno oprobio con que ha cubierto á los que se les parecen. La gloria, el reconocimiento público, que promete á los grandes hombres, ha determinado á unos á fundar ciudades, á otros á asegurarlas con leyes, ó embellecerlas con el brillo de las ciencias y las artes: formando corazones bienhechores, es la bienhechora universal del género humano."

"Por último, si la sola descripcion de los infiernos, á la que los poetas han mezclado tantas fábulas, es capaz de retener á los mortales en los límites de su deber, y de someterlos á las leyes de la equidad, ¿tiene nada de extraño que la historia, que describe las acciones, y desenvuelve los efectos, nos arrastre á la virtud, y sea para nosotros una escuela de moral y buenas costumbres? Por la corta duracion de nuestra vida, apenas disponemos cada uno mas que de un instante de la eter-

nidad: la memoria de los que han vivido oscuros, muere con ellos; pero la historia eterniza el honor de los grandes ciudadanos y su reputacion, y salva de la muerte lo que tenían de mas precioso: y el hombre prudente, que sabe estimar el valor de los bienes, se encarga de dar por cortos trabajos una gloria que no ha de perecer jamás. La historia en proporcion de los homenajes, que tributa, inscribe á unos en el número de los héroes, y á otros los eleva al rango de los Dioses. El tiempo que devora los monumentos mudos y materiales, erigidos á los hombres célebres, se constituye en guardian y depositario de los testimonios que les dá la historia. Los monumentos quedan fijos en un lugar, expuestos á hazares de toda especie: las tradiciones diseminadas por todos los ámbitos de la tierra, se pierden, á lo menos en algunos de sus accidentes, ó se destruyen en otros. A todas estas ventajas de la historia, agréguese que perfecciona la elocuencia, esa arma siempre victoriosa, que valió á los griegos su preeminencia sobre los bárbaros, á los hombres hábiles, lo que los ha distinguido del vulgo, algunas veces á un solo hombre el predominio que ha ejercido sobre los demás, y aun sobre pueblos enteros. Esta elocuencia que los historiadores recomiendan, la cultivan ellos á la vez; y con frecuencia las grandes acciones deben una parte de su brillo y de su precio al talento que las cuenta. La historia, uniendo la solidez del fondo á las gracias de la forma, reúne las ventajas de todos los demás géneros de obras, suministra luces al espíritu, é imprime en los corazones el amor á la verdad, y el sentimiento de la justicia."

Diodoro, en su amor y entusiasmo por la historia, llega á darle la superioridad sobre toda clase de estudios: vano error de que tampoco se hallan exentos los partidarios de otras ciencias, y que es preciso rectificar. Se reclama esta gloria para la teología porque es esen-

cialmente divina; la jurisprudencia cree que le corresponde, porque dispone de los intereses, derechos y suerte de los hombres; la filosofía cree merecerla porque es intérprete de toda la naturaleza; la poesía, porque habla en la tierra el lenguaje de los dioses; y así las demás, sin tener en cuenta que todos los conocimientos son útiles por sí mismos, y se hacen más aun por las relaciones mutuas que los unen, imprimiéndoles una tendencia común, que no permite entre ellos ni aun la apariencia de rivalidad.

Pero aun sin esto, que fuera sin duda exagerado, las palabras de Diodoro encierran una profunda verdad, que queremos dejar consignada, tanto en honor de la historia, cuanto porque de sus rectos juicios sobre el fin y modo de ella habremos de servirnos, como de autoridad, en la continuación de este trabajo. Además de que nos facilitan el entrar con más expedición en el exámen íntimo de la cuestión que pensamos dilucidar. Pero como es bastante compleja, se hace de absoluta necesidad fijar bien ante todo el valor de los términos que entran en ella, y muy especialmente el valor y contenido de la palabra "Historia". Si la examinamos en su estructura gramatical y etimológica, encontramos que se deriva del verbo griego *historao*, que consta de dos estirpes: una de ellas *histo*, y la otra *reo*. La primera de estas estirpes no es primitiva, sino derivada: consta de la prolongación *st*, muy común en las estirpes griegas, así como la *pt*, *tt*, *sz* y otras, con más la vocal *o* como letra de ligación á propósito para unir la estirpe prolongada *hist* que termina en consonante, con la segunda *reo*, que también empieza por consonante. Prescindiendo de estas prolongaciones para ir á parar á la estirpe primitiva, y con ella al significado primero de la palabra, nos queda solo la estirpe *hi*, primitiva raíz de donde sale el aoristo segundo *hido*, del verbo *heido*, que significa ver, saber, conocer. La segunda es

la antigua estirpe *reo*, que significa *decir*, *contar*. Jun- tando estos dos elementos y sus significados, la palabra *historia* equivalente gramaticalmente á la latina *narratio*, vale tanto como narración ó relación de cosa vista, sabida ó conocida. Y tal es y ha sido siempre sin duda el fondo de su significación, que nosotros habremos de conservar. Pero al tratar de definirla en su contenido científico, se ha hecho desde el punto de partida de los sistemas filosóficos, y á veces apenas queda de ella nada de su verdadero significado, que encierra, á no dudar, todos los elementos necesarios para una definición científica.

Algunos tanto han elevado la historia, tan alta la han puesto, que se la pierde de vista. Otros tanto la han rebajado y humillado, que confundida y revuelta con las artes vulgares y mecanismos, casi no se la encuentra. A los unos se les evapora y desaparece en los espacios de la imaginación. Tal sucede á aquellos, que guiados más por la fantasía que por el sentido práctico que en la historia debe reinar, dicen que la historia es el *ser*; la historia es la *vida*, ó como más pomposamente dicen otros, la historia "es el desarrollo de la humanidad en el tiempo y en el espacio". Y quiero hacerlos notar, que esta es definición que hoy tiene mucho favor en algunas escuelas. Pero también deseo que observeis conmigo que en estas definiciones sucede lo que poco há os decía, que tan alta está la historia, que se la pierde de vista; puesto que se la despoja de su carácter práctico y real, para hacerla internar en los confines de la metafísica, y en último término en la ideología. No habré menester molestar mucho vuestra atención para demostraros lo arbitrario, infundado y casi absurdo ó por lo menos erróneo de tales definiciones. Con solo recordar que lo esencial á la historia es la narración, ó relación, sea cualquiera la forma en que se haga, se ve bien claramente que dichas definiciones son

arbitrarias é infundadas. Pero ademas son absurdas, ó por lo menos erróneas; porque la razon dicta, y el sentido comun lo confirma, que no es lo mismo historia que *ser ó vida*; ni aunque se añada de la humanidad en el tiempo y en el espacio: esto es algo mas aparatoso, pero no menos erróneo. Porque es evidente que entre *vida ó historia* hay la misma diferencia que entre sucedido ó hecho, y relacion ó testimonio del mismo hecho, ó sucedido: que la vida en el hombre se manifiesta y constituye por los actos fisiológicos, físicos, é intelectuales, y la historia por la relacion de estos mismos actos. Por eso de los hombres y aun de los pueblos, cuyos actos no se han consignado de alguna manera, se dice con razon que no tienen historia, pero fuera absurdo decir que no tienen vida: antes con mas precision y verdad dice de ellos la razon vulgar, que “viven y mueren sin historia.” Yo no insistiria sobre esto, si no temiera que identificando la historia con la vida, se tratara de hacer aquella, como sin duda algunos lo intentan, únicamente por las leyes viológicas, tan en absoluto, que la historia en sus manos viviera á ser, no la relacion de lo que ha sucedido, sino la deducion de lo que se pretende que debe haber sucedido. De Voltaire se cuenta, que leyendo un dia un pasage de su historia ante un testigo que habia presenciado el suceso, este le dijo: “señor, nada de lo que contais pasó como lo decis”; á lo que repuso aquel: “pero seria mejor que hubiera sucedido así.” Queremos, pues, evitar así este exceso de filosofismo, y mejor aun sofisteria en la historia, como el extremo opuesto, que consiste en despojar á la narracion de todo fin científico, y sentido filosófico, que la reduce á un mero catálogo, ó recuento de hechos, tan fatigoso como poco instructivo, y menos provechoso. A los que así consideran la historia y sobre todo la universal, que califican de vaguedades á las consideraciones filosóficas que tienden é demostrar en la historia

el desarrollo de las ideas que producen los hechos, para elevarse por este medio á los grandes principios, y leyes morales por que se rige el mundo, viendo en ella tan solo hechos de los cuales puede el hombre sacar reglas para obrar en casos análogos, los recomendamos las siguientes palabras de un escritor contemporáneo: “si la historia se reduce á una vasta coleccion de hechos, de los cuales pretende el hombre sacar una regla para obrar en circunstancias iguales, la enseñanza que de esto resulte, es tan incompleta como ociosa, puesto que ningun hecho se reproduce con los mismos accidentes. Diversa y mas alta importancia adquiere sin duda cuando se observan los hechos como una palabra sucesiva, que de una manera mas ó menos elara, revela los decretos de la Providencia, y cuando se los considera inseparablemente enlazados, nó á una idea de utilidad parcial, sino á una ley eterna de caridad y de justicia.” Del fin pues que la historia se propone, y del modo de aplicar y desarrollar los medios para llegar á él, es de donde verdaderamente toma su valor. Si pues en la historia ha de haber un fin como término á que el historiador se dirige, y un prudente uso de los convenientes medios para llegar á él, es indudable que la composicion, y mas aun la enseñanza de la historia ha de ser bajo concepcion científica, y por consiguiente con el conveniente desarrollo de las leyes y principios que la constituyen. Por eso se observa que las historias gozan de mas fama, y se les reconoce mayor mérito, segun que conciben mejor, y desarrollan con mas claridad su fin, que sistemáticamente unos, intuitivamente otros, han tenido siempre á la vista los mas grandes historiadores. Herodoto debe principalmente su gloria de historiador á la energía con que procura inspirar á sus compatriotas un carácter verdaderamente nacional, poniéndoles de manifiesto que el amor á la independencia y la libertad, fortificado por una sincera creencia y



confianza en los Dioses, fué lo que produjo aquellos héroes, que triunfaron del imperio á la sazón mas poderoso. En cada página de la historia de Tucídides, se vé el firme propósito de demostrar que la exageración política, y la perversión y decadencia moral, enervan y enflaquecen á las repúblicas mas poderosas. Tito Libio es el príncipe de los historiadores romanos, porque ninguno como él tuvo tan fija la vista en poner de manifiesto el carácter verdaderamente romano que aparece por donde quiera en su historia: la idea de grandeza y dominación universal por medio de la conquista, para llegar á la unidad política y material que realizó Roma, forma la esencia y anima á todos los accidentes de su obra. Nosotros, por no ir mas lejos, perdonamos á Mariana su nimia credulidad, y otros defectos de que no carece, porque se propone, y desde la primera página hasta la última lo lleva á cabo, el demostrar que España, porque tiene fé religiosa, patriotismo y un levantado espíritu de independencia, debia ser una nación libre. En todos sus discursos, en las arengas que pone en boca de los capitanes, en las reflexiones que los triunfos y los desastres le sugieren, brillan siempre estas ideas, que dan á su obra un carácter eminentemente nacional.

Los que con tanto desden como escaso conocimiento de esta cuestión, califican de vagas generalidades los trabajos intelectuales de los historiadores por investigar las causas de los sucesos, y las leyes porque se rigen, y los esfuerzos de los profesores por poner de manifiesto á sus discípulos estas causas, y estas leyes, á lo que no se llega sin profundas meditaciones é investigaciones, así históricas, como filosóficas y sociales, desconocen sin duda la siguiente máxima, que constituye el aforismo décimo tercero de los históricos de Tácito: "en las historias es necesario que se entiendan las causas de los sucesos, y no los accidentes solos, para cobrar pruden-

cia en nuestras acciones." Tampoco sin duda se han hecho cargo del discurso con que el mismo escritor encabeza sus historias. Están en él tan gráficamente descritos los fines superiores de la humanidad como objeto de la historia, que es difícil presentar un modelo mejor de concepción filosófica y sentido práctico de la misma, tanto que Daunou ha llegado á decir de él que "es un filósofo que se propone en sus historias trazar el cuadro de los destinos de la humanidad." Las palabras de Tácito son la mejor contestación que puede darse á los que desconocen fines superiores en la composición y exposición histórica. "Ahora, dice, pongo mano en una obra rica y abundante en varios sucesos y accidentes, en guerras inhumanas y terribles, en discordias, alborotos y levantamientos, cruel aun en la misma paz. Cuatro príncipes muertos á hierro; tres guerras civiles, muchas extranjeras, y á veces mezcladas unas con otras. Prósperos los asuntos del estado en Oriente, contrarios en Occidente. Alborotada la Hiria; las provincias de Francia inclinadas á levantarse, y con muestras de ello. Acabada de sugetar Inglaterra, y luego perdida. Los Sármatas y Suevos confederados contra nosotros: Dacia ennoblecida con estrago y mortandad de ambas partes. Casi movidas tambien las armas de los Partos con la burla de un falso Neron. A mas de esto, Italia afligida con nuevos estragos, ó con los antiguos vueltos á renovar despues de un gran número de siglos. Ciudades hundidas y anegadas en la fertilísima tierra de labor, y la misma ciudad de Roma destruida con multitud de incendios; habiéndose consumido en ellos las imágenes y templos antiquísimos de los Dioses, y abrasado el capitolio por las manos de sus ciudadanos; corrompida la religion, violadas y manchadas las ceremonias dedicadas á los Dioses; grandes adulterios; el mar lleno de desterrados; las rocas y peñascos teñidos en sangre. Mas cruel y terrible ser-

vidumbre en Roma, que en ninguna otra parte. La nobleza, las riquezas, los magistrados, administrados y no administrados, todos atribuidos à delito, y una muerte ciertísima, y cruel fin por las virtudes esperaba al que las poseia. No menos aborrecidos los premios de los denunciadores, que las maldades cometidas; porque habiendo alcanzado unos las dignidades sacerdotales, y los consulados, como despojo de enemigos, y otros los gobiernos, admiistraciones, y privanza del príncipe, y poderío con esto, trataban y manejaban todas las cosas con aborrecimiento y espanto de los particulares. Los siervos corrompidos contra sus señores, y los libertos contra los mismos que les habian dado la libertad; y oprimidos por los mismos amigos aquellos á quienes faltaba enemigo que los persiguiera. Pero con todo eso, no ha sido este siglo tan estéril en virtudes, que no haya dejado tambien en la memoria de las gentes buenos ejemplos para aprovechamiento nuestro. Vense madres que acompañan à los hijos huidos y desterrados; mugeres que siguen á sus maridos en los destierros; parientes osados que no desamparan á los suyos en los trabajos; yernos constantes en el amor; y la fé de los esclavos firme y porfiada aun en los tormentos para no negar á sus señores. Animo de hombres esclarecidos y firmes en las últimas necesidades, y estas sufridas valerosamente; y fines con que se han igualado las alabadas muertes de la antigüedad. Y demas de la multitud de los accidentes de las cosas humanas, prodigios en el cielo y en la tierra, y amonestaciones con rayos caidos del cielo, anuncios y señales que hacian preveer las cosas venideras, alegres, tristes, dudosas y manifestas. Porque nunca jamas se pudo comprobar con mas crueles y terribles estragos, y mortandad del pueblo romano, ni con mas justas causas y discursos, que los Dioses... tienen cuidado con nuestro castigo. Pero antes de escribir estas cosas, conviene traer á la me-

memoria, cuál era el estado de la sociedad, cuál el ànimo de los ejércitos, en qué disposicion estaban las provincias que habia en toda la tierra fuerte y gallardo, ó enfermo y flaco, para que no solo se entiendan las cosas y sucesos de las cosas, que las mas veces (en opinion del vulgo) son obras de fortuna y casuales, sino que tambien se reconozcan las causas y razon de ello."

De intento no hemos querido interrumpir este discurso de Tácito, porque como observa juiciosamente Daunou, dice mas que todas las teorías; por él se ve perfectamente cuánta es la estension de la historia; cuántas cosas es preciso sentir y conocer para estudiarla. En él terminantemente se consigna que no está la importancia histórica, y su verdadero interés tanto en lo que tiene de particular, cuanto en la investigacion de las causas y leyes generales porque se rige el mundo, y que tienen que ser con preferencia el objeto de la historia universal, que no por eso prescindirá de aquellos accidentes, sin los que dejaria de ser tal historia. Asi solo podrá ser la historia maestra de la verdad, y solo cuando de los hechos que consigne se cleve á las causas que los produjeron, y examine las consecuencias á que dieron lugar, será cuando cumpla con el precepto de Ciceron, que establece que la historia debe contar "*consilia primum, deinde actus, postea eventus.*"

Siendo esto asi, la historia toma sin duda el carácter de ciencia de prevision por excelencia. Asi la consideró Cantú al definir la "narracion de sucesos tenidos por verdaderos, á fin de deducir de lo pasado lecciones para lo venidero acerca del desarrollo de la actividad espontánea del hombre." Partiendo Bouchez de igual idea de la historia, la compara con la memoria, y dice que su objeto primario es sin duda conservar vivo el recuerdo de lo pasado, y asi como por este recuerdo el individuo se asegura de su identidad, la historia universal dá testimonio de la identidad del género humano; bajo cuyo

concepto la historia consta de dos partes; una en la que se propone conservar el recuerdo de lo pasado, tal como ha sucedido, y otra en la que todo historiador se propone un fin particular de exposicion ó demostracion. En el primer caso, basta para conseguir el resultado, que el historiador cuente las cosas tales como han sucedido, sin mas fin que hacer una narracion exacta, y completa de los sucesos que ocupan cada edad, época ó período, con lo que llenaria la primera parte de la historia; pero en el segundo se requiere algo mas: no se propone ya tan solo la narracion de los sucesos, sino hacer la historia de una nacion, de una sociedad, de la humanidad entera; y entonces se requiere algo mas que datos, es preciso emplear la crítica, y hacer diferentes clasificaciones, de las que resultará que no todos los hechos son igualmente importantes; que hay algunos que tienen el valor de causas, y que es preciso colocar primero; otros el de efectos que deben ir detrás y bajo aquellos, y otros en fin que careciendo de importancia histórica, pueden omitirse, para que resulte así una construccion científica bajo principios y leyes fijas, que hagan posible una prudente prevision fundada en la presencia de lo pasado por la exacta narracion que suponemos habrá precedido:

De lo que ya espontáneamente se deduce que debe sin duda existir una ley de unidad para la historia, puesto que ella es capaz de formar una verdadera ciencia. Pero aqui surge una dificultad emanada de la idea misma de la historia. Siendo en ella mas que en ninguna otra ciencia el fin prever, parece que no será posible reducir á una ley lo que en el órden de la libre actividad humana puede suceder.

Esta dificultad fuera insoluble si en vez de una prudente prevision de lo futuro, la historia se propusiera adivinarlo, determinarlo con exactitud matemática. Los que á ese extremo llevan la prevision histórica, exage-

ran sin duda los principios, y desnaturalizan la historia. La prevision á que dá lugar la historia, nace de la determinacion de las causas y leyes, porque la atenta observacion de los hechos ha venido á demostrar que se rigen así los individuos como los pueblos, y estos lo mismo que la humanidad: no de otra manera que la constante observacion de los fenómenos naturales ha dado lugar á la determinacion de las leyes generales, á que la naturaleza física obedece.

Partiendo de este principio, probemos á demostrar esta manera de concebir la historia, que apenas data de los últimos años del pasado siglo. No obstante, hemos de partir de un principio cierto, admitido por todos, así antiguos como modernos. La base de nuestro procedimiento será, que la especie humana, así en sus partes, como en su conjunto, no es inmóvil: que varía así en sus ideas, como en sus costumbres, y obras, en una palabra, que la especie humana constantemente se mueve. Esta es una verdad evidentemente demostrada por la historia que nos testifica este movimiento por la narracion de los hechos que han dado lugar á la formacion, engrandecimiento y decadencia de los imperios, y naciones: ella nos demuestra cómo han sucedido unos á otros los pueblos, y las modificaciones que han sufrido constantemente las naciones, por la influencia que sobre ellas han ejercido otras en diferentes tiempos. Por ella vemos tambien cuanto han cambiado las ideas, pues nos presenta la sucesion de sistemas filosóficos, físicos y sociales, su diversa exposicion en los diferentes países del mundo, aun en aquellas comarcas que menos inclinadas parecen á modificarse. Esto es sin duda mudar, cambiar de posicion, moverse, de modo que el movimiento en la historia es innegable. Pues bien, todo movimiento supone una ley, y la existencia de una ley, que no se conoce, da derecho, mas aun, impone al hombre el deber de averiguarla; por eso decimos que existe

una ley de unidad, bajo la que debe estudiarse la historia. No importa que, supuesta la velocidad con que todo pasa y cambia, parezca que nada probable puede establecerse sobre la ley de estas mudanzas. Porque es la verdad que si el mudar es cierto, no lo es menos la estabilidad del sugeto de las mudanzas, y por consiguiente que hay algo constante en medio de lo que varía, que da derecho á esperar que cuando se reconozcan bien las variaciones realizadas en un sugeto, que sepamos de cuantas es susceptible, podremos prever, y aun asegurar cuantas le faltan por realizar. Además es cierto que nos son conocidas algunas de estas cosas constantes, sobre que se ejerce el movimiento, de que dá testimonio la historia: tales como la inmutabilidad de la organizacion física y espiritual del hombre, la constancia de la vida social y cuanto á ella se refiere; la estabilidad de la familia, y otras varias, que no pudiendo esplicarse por la casualidad, suponen una ley que las rige, y bajo la que se verifican las mudanzas que en ellas se operan. Si pues al lado de esto que es constante, existe el movimiento de la humanidad, veamos si es posible calcularlo, preverlo conforme á una ley.

En el mundo no hay mas que dos especies de movimiento: fatal uno y necesario producido por leyes inflexibles, y libre otro, como resultado de leyes cuyo cumplimiento no envuelve necesidad. El movimiento del género humano ha de ser precisamente de una de estas dos especies; y nos proponemos demostrar que de cualquiera de las dos que sea, ha de estar sometido á una ley superior de unidad, que hace que así las mudanzas, como sus sucesiones fenomenales, no puedan menos de ser regulares.

En el orden físico, el movimiento fatal que observamos, proviene de la necesidad con que vemos unos en pos de otros los fenómenos, no solo en orden de suce-

sion, sino en el de precisa é inevitable generacion: así vemos que el calor produce constantemente la evaporacion; esta la condensacion de vapores en la atmósfera, de la que resulta la lluvia, que vuelve á reproducirse constantemente de la misma manera. Lo propio sucede con los demas órdenes de fenómenos físicos, en los que aparece siempre la mas exacta regularidad. Si buscamos en resolucion la ley superior y única, la verdadera causa de ellos, la encontramos en la voluntad de Dios siempre actual, y la misma siempre, que aparece para nosotros como ley general de la materia, que esta no puede variar; por eso es tan uniforme en su ejecucion. Estendiendo algunos á los fenómenos sociales esta manera de sucederse, los consideran, sin razon, producidos por la misma necesidad, y dicen, por ejemplo: la tirania produce la opresion, ésta la resistencia, la resistencia la anarquía, ésta la necesidad de orden, que envuelve la de poder, que de nuevo se convierte en tiranía, etc. Es verdad que suele haber sucesion entre estos fenómenos: de ello testifican las grandes revoluciones, en especial la inglesa de 1640, y la francesa de 1789; pero es falso, de absoluta falsedad que estas sucesiones sean por necesaria generacion; porque no es de esencia del poder el convertirse en opresion y tiranía, y cabe una resistencia legal sin los horrores de la anarquía. Los movimientos de la especie humana no son pues como los del mundo físico: el hombre es libre, y por eso es la criatura superior de la creacion y señor de ella á la vez; porque es libre puede moverse á priori, puede determinarse á querer. Pero fuera absurdo creer que la libertad de que el hombre está dotado, es una facultad sin ley y sin regla: obedece sin duda y está sometida á un principio superior. Observemos un momento. El hombre, como los demas seres animados, se encuentra á veces solicitado por movimientos orgánicos, por apetitos, por instintos. Las

sensaciones como tales, los instintos, los apetitos en el mismo sentido, no dan lugar á eleccion. Si á ellos solos obedeciera el hombre, no elegiria, porque estas sensaciones nunca son simultáneas, sino que cada una obra en su esfera, aparte, é independiente de la otra. El instinto tiene una exigencia sin referirse á la sensacion, y esta las suyas aparte é independiente de los apetitos. Ante estos movimientos naturales, al hombre no le tocara mas que obedecer. Y sin embargo observamos que el hombre resiste, ó contraría estas diversas tendencias, las suspende y modifica de mil modos, y es porque sobre ellas tiene la razon que le dirige á la verdad, y la voluntad que le encamina al bien; de lo que resulta que cuando se determina y elige, no lo hace de una manera arbitraria, sino en cuanto aprende que de este modo va mejor á la verdad y el bien que se propone: por tanto que la ley del libre albedrío del hombre, y por consecuencia, de los actos en que este se manifiesta, es sin duda regular, como determinada por el fin que el hombre tiene siempre delante al obrar. Ahora bien, como el hombre en su triple esfera de accion, el sentimiento, la inteligencia, y la voluntad, tiene un fin determinado, dirigiéndose á la verdad, la bondad y la belleza, leyes superiores que en conclusion se resuelven en la voluntad divina, imponiendo al hombre un fin que realizar; ¿podrá dudarse que los fenómenos que provienen de la actividad espontánea del hombre, procederán tambien con regularidad, en cuanto que por ellos debe el hombre realizar el fin que le impuso Dios sobre la tierra? Hé aquí como es posible, mas aun, necesaria la ley de unidad en la historia; y hé aquí por consiguiente cuál es su objeto científico, demostrar la particular como cada pueblo ha cumplido ó no este fin; y la universal como todos los pueblos y en ellos el género humano ha realizado, ó no, y hasta qué grado, y bajo qué condiciones se han llenado,

ó será á la humanidad posible llenar los fines de la Providencia.

Hemos anticipado quizá una idea, cuyo desarrollo tendrá lugar mas adelante en el orden de la exposicion; porque en el análisis que vamos haciendo, hemos de llegar á establecer sistemáticamente, lo que ahora por incidencia no hemos hecho mas que indicar; pero era necesaria esta anticipacion, que espero confiado me permitireis, porque es tambien, á no dudar, creencia firmemente arraigada en vuestra alma que el hombre está destinado á realizar los fines que la Providencia le impone.

Una induccion racional nos ha conducido á sentar, no solo como posible, si que aun como necesaria la ley de unidad en la historia. Y sin embargo, queremos aun entrar en algunas investigaciones psicológicas para corroborar nuestro enunciado. Porque es la verdad que á primera vista nada aparece mas paradójal, mas contradictorio, que querer establecer la unidad allí donde todo aparece vario, múltiple, y esencialmente heterogéneo. Efectivamente, la vida humana que constituye el fondo y el objeto de la historia, en su desarrollo y desenvolvimiento desde el primer hombre y las primeras sociedades que se formaron en los dilatadísimos ámbitos del mundo, comprendiendo el conjunto de cuanto se ha pensado y realizado en los diferentes tiempos y regiones por pueblos que habitaban en diferentes climas, con diferentes costumbres, con distintos gustos y tendencias, hablando diferentes lenguas, y distinguiéndose en diversas razas; presenta una confusion que hace difícil distinguir la verdad entre la diversidad de creencias que los hombres han tenido, divinidades que han adorado, vicios en que han incurrido, expiaciones por que han pasado: con un frecuente y sucesivo cambiar de instituciones, leyes y usos, con una perpétua renovacion, de hombres, familias

generaciones, pueblos, siglos y edades ; sin que lo que una vez fué, se repita como pasó ; variando en el espíritu y tendencias, en el modo de pensar, sentir, hablar y creer ; siempre con nuevas guerras, nuevas revoluciones, y diversas renovaciones en ciencias, artes y costumbres. De lo que nada al parecer resulta permanente, ni las religiones, ni las dinastías, ni los imperios, y sin que estas variantes aparezcan realizadas por los hombres unidos entre sí, y bajo plan preconcebido; antes por el contrario, desconociéndose, ignorándose, rechazándose no pocas veces, y contrariándose muchas unos á otros los hombres ; sucediendo con frecuencia que las pasiones, el interés y aun la perversidad han ocupado el lugar que correspondía, á la razón, la justicia y el buen sentido. Nada por consiguiente parece mas opuesto á la unidad que este confuso y revuelto hacinamiento de cosas y variedad de sucesos que constituyen el asunto inacabable de la historia.

Y no por eso deja sin embargo de ser verdad que existe una ley de unidad á que puede y debe reducirse esta múltiple y variada accidentalidad de seres y cosas mudables y de suyo contingentes.

Considerada la historia en su contenido, que no es otra cosa que el conjunto de hechos en que se manifiesta la vida de la humanidad, hallaremos que entran á componerla los mismos elementos que á cada hecho ó suceso particular : esto es, un sugeto que ejecuta los hechos, los objetos ó hechos realizados y una forma bajo que estos se realizan en el tiempo y en el espacio. Tal es lo que psicológicamente considerado, contiene todo hecho, y por lo mismo la historia. Ahora bien, si encontramos que los hechos son unos siempre y los mismos, é idéntico el sugeto que los realiza, y la misma la forma bajo que tienen lugar, habremos demostrado que en la historia hay verdadera unidad, y que bajo esta ley debe estudiarse.

Para que aparezca la verdad de esta proposición, en cuanto al objeto y el sugeto de la historia, conviene tener presente que todo hecho, así como todo ser, excepto Dios, consta de dos elementos, uno permanente que no varía, el cual *siempre es*, y bajo este concepto se hace universal ; otro mudable y que comprende todo lo que pasa y sucede sobre el que *es*, y en ello se hace particular, transitorio. De lo que resulta, que prescindiendo de esto que cambia y pasa en los hechos, ellos por lo que tienen de universales permanecen idénticos. Aplicando este criterio á los que constituyen el objeto de la historia, resulta igualmente cierto que son siempre los mismos, no en lo que tienen de particular, como realizados en diferentes tiempos, y por sugetos individualmente distintos, sino en cuanto son y representan la aplicación de la actividad del hombre de hoy lo mismo que la del de ayer y mañana en órden á hacer efectiva su naturaleza, es decir, á satisfacer las necesidades, y cumplir los fines á que la humanidad siempre y en todas partes se siente inclinada ; porque estos fines y estas necesidades no son solo de cada individuo en particular, si que á la vez de la especie toda, que á ellos dirige por unos ú otros medios su actividad. Por eso pudo decir Salomón en el *Eclesiastes*: "*Quid est quod factum est? Idem quod faciendum est.*" Por eso es también verdad que "nada hay nuevo bajo el sol ; ni puede decir ninguno : hé aquí esta cosa es nueva, porque ya precedió en los siglos que fueron antes que nosotros." Por eso "no tiene el hombre nada mas de su trabajo, con que se afana debajo del sol;" porque de sus hechos puede asegurarse lo que en el mismo inspirado libro se dice del sol y de los ríos: "Nace el sol y se pone y tórnase á su lugar, y renaciendo allí, gira sobre el meridiano y se revuelve hácia el Aquilon..." "así como los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa, y que al lugar de donde salen, tornan

los ríos para correr de nuevo..." así "andando alrededor en cerco el espíritu por todas partes, va y vuelve á sus rodeos." ¿Quién no vé que ese espíritu, que andando alrededor en cerco va y vuelve á sus rodeos, es el hombre con su perpétuo anhelo de bien y felicidad, con sus trabajos científicos, filosóficos y artísticos para satisfacer este anhelo, con las mismas agitaciones políticas, las mismas dudas y aberraciones religiosas, con las mismas guerras y quebrantos, con los mismos cariñosos recuerdos para lo pasado, poca satisfacción por lo presente, y las mismas gratas ilusiones para lo porvenir? ¿No es verdad que siempre y en todas partes acompaña al nacimiento la alegría, á la edad adulta la tentación, la lucha y los dolores, y á la vejez y morir igual descaecimiento y quebranto? Pues bien, siendo esto idéntico en todos los hombres y todos los tiempos, ¿no lo serán también los actos en que esto se manifieste? Y siendo estos actos el objeto de la historia, ¿podrá negarse que hay verdadera unidad é identidad en este objeto? No importa que el sugeto y acto sean individualmente diferentes en los diversos momentos del tiempo, y en los distintos puntos del espacio. Sobre esto que los particulariza y distingue, está lo que los generaliza, é identifica en el género, ó en la especie, que son siempre unos y los mismos; de lo que resulta una indeclinable y necesaria unidad para el objeto de la historia.

Veamos si sucede lo mismo respecto al sugeto. Reflexionando sobre nosotros mismos, cualquiera puede sin esfuerzo observar, cuántos cambios en él se han operado. Al cabo de algunos años la ciencia le enseña que apenas conserva ninguno de los elementos físicos que formaron su cuerpo; y concentrando la atención, vé fácilmente que los encantos de la niñez han dejado el puesto á la realidad que aparece á su vista en la edad adulta, que á la vez pierde no poco de su valor

ante los desengaños que cuenta ya en la edad proveeta. Todo en él ha variado, sentimientos, afecciones, ideas, creencias y propósitos: en todo ha habido un continuo suceder, un incesante mudar; y sin embargo, en medio de este mudar, la memoria le testifica que él es el mismo, y la conciencia le confirma en este testimonio. Estendiendo este convencimiento de su identidad á la especie, la conciencia de la sociedad por medio del asentimiento comun, y por la historia que es la memoria de la humanidad, no le deja dudar de que también la especie es la misma; y observando que la naturaleza y facultades del hombre de hoy son las mismas que las del de ayer, y de todos los tiempos; que en todos se observa el mismo origen y destino, con iguales medios para realizar éste, deduce con razon que los hombres de todos los tiempos y en todas partes son los mismos, y por consiguiente que el sugeto de la historia, que no es otro que el hombre, no obstante las diferencias individuales, es uno é idéntico.

Son las generaciones que pasan y mueren, respecto á las que les suceden, como un testador y un heredero, entre quienes hay una verdadera trasmision de acciones, derechos y deberes; así es que los siglos se encadenan sin que haya entre ellos solución de continuidad, viviendo unos en los otros por lo que les dejan; de lo que resulta no solo identidad histórica, si que también jurídica.

Así es que entre los diversos tiempos y las diferentes edades se establece una verdadera solidaridad, que alcanza á todos los hombres, que idénticos en el origen, creados por Dios, sometidos á unas mismas leyes naturales, dirigiéndose á fines comunes, no pueden menos de participar de la responsabilidad comun que les compete en su realización. Por eso nosotros tenemos derecho; y aun el deber de investigar cómo los primeros hombres administraron los dones que Dios

puso en sus manos; si correspondió á sus fines la vida de la edad antigua, ó hasta qué punto los desarrolló; y preguntamos á la media qué hizo de la ciencia y saber antiguos, si los dirigió convenientemente á sus fines, desarrollando estos por igual, ó si permitió el predominio de alguno en perjuicio de los demas; y á nuestra vez nosotros estamos en el deber, y de no hacerlo seremos responsables ante los que nos sucedan, de hacer la vida en sentido omnilateral y armónico de todos nuestros fines y facultades, aprovechando en bien de todos la experiencia que nos dá la edad antigua, y desarrollando los nuevos gérmenes de vida que brotan de los quebrantos y luchas de la media. Lo propio sucederá á los que nos sigan en la escena en que ahora somos actores. La responsabilidad de desarrollar el hombre su naturaleza y facultades en orden á la realizacion del fin para que le han sido concedidas, es solidaria, comprende á todos y cada uno, y todos y cada uno participan de los bienes ó males que de ello resulten. Por eso dijo S. Pablo: "Cuando un hombre sufre, todos los demas padecen," y Chateaubriand aplicó esto bellamente á las naciones, diciendo: "Cuando un pueblo cae en la esclavitud, los demas dan un paso hácia ella." La solidaridad humana, consecuencia natural de la unidad é identidad del género humano que Jesucristo sancionó, es como el fundamento de la religion cristiana. Por eso pudo decir Bossuet con entera verdad: "La religion cristiana, considerando á todos los hombres como uno, se vé que los hace nacer á todos de uno solo; y de tal manera el principio de solidaridad está en ella establecido, que cuando el primer hombre cae, y peca, todos los demas caen y pecan tambien. Y cuando Jesucristo es levantado, todos los hombres pueden levantarse en él." ¿Podria esto ser verdad, ni exigirse esta solidaridad, que aumenta en proporcion que pasan generaciones y edades,

con las que se hace mas incesante la comunicacion del individuo con la sociedad universal, si no hubiera verdadera identidad entre los hombres, y por tanto en el sugeto de la historia?

Si pues hay unidad, porque hay identidad en el sugeto y en el objeto de la historia, examinemos un tercer elemento que entra en ella, y probemos á demostrar que tambien en él la hay, y nada nos quedará que desear para establecer con toda seguridad que hay unidad en la historia, y por consiguiente que bajo esta ley debe estudiarse.

Los hechos de la historia no son posibles, si no son ejecutados en algun tiempo y en alguna parte. El espacio, por consiguiente, y el tiempo son condiciones sin las que la historia no se realiza; y no será posible una absoluta unidad histórica, si no la hay tambien en estos dos factores de ella. Para demostrar que efectivamente la hay, no entraré en las profundas y largas investigaciones á que dan lugar estas ideas. ¿Qué es el tiempo? Yo diria con S. Agustin: "*Si nemo ex me querat scio, si quarenti dicere vellim, nescio:*" si no me lo preguntan, lo sé, si quiero esplicarlo, no lo sé. Para la nueva escuela racionalista el tiempo es una cualidad puramente formal, "el tiempo, dicen, es la forma del mudar." Yo creo mas bien con nuestro ilustre compatriota Balmes, que si bien el tiempo en absoluto no es nada, en las cosas es sin embargo algo mas que una pura cualidad formal: "el tiempo es duracion y esta es imposible sin cosa que dure." Pero á la vez la duracion no es para nosotros capaz de medida sin la idea de sucesion. Contamos la duracion y con ella el tiempo, por las sucesiones uniformes del sol, las estrellas, ó cualquiera otra cosa análoga, como las revoluciones de una aguja en la esfera de un reloj, la direccion de las sombras etc. Esto envuelve para la naturaleza del tiempo la idea de sucesividad; pero esta es inconcebible.

ble sin la de mudanzas: así es, que si nada mudara. no diríamos que había tiempo; por eso de las personas ó cosas que no varían, decimos que por ellas no pasa tiempo. De lo que resulta que si bajo el aspecto de los momentos en que se realizan las sucesiones y las diferentes mudanzas, el tiempo es esencialmente sucesivo y vario; en su propia idea de duración y mudanza es siempre el mismo; porque es el durar, el mudar mismo de las cosas. De ahí es que si bien en un mismo momento del tiempo no puede el sujeto realizar mas que una sola cosa, todas sin embargo han de realizarse en el tiempo, que es sin duda siempre idéntico. Esta identidad aparece mucho mas clara en el espacio. Que se forme, como unos quieren, por la coexistencia de los cuerpos, ó sea la estension misma, ó la inmensidad de Dios como otros dicen; el espacio, como elemento de la historia, es siempre el mismo, porque es el planeta que habitamos, el cual sin dejar de haber sufrido vicisitudes y mudanzas, continúa siendo el mismo y tal planeta. El carácter esencial del espacio es la continuidad ó simultaneidad. En un mismo espacio en diferentes tiempos pueden realizarse multitud de hechos, porque es de su esencia la identidad continua. Por eso dijo el Eclesiastes: "*Generatio præterit et generatio advenit; terra autem in æternum stat;*" "una generacion pasa y otra generacion viene; mas la tierra siempre queda estable." No puede expresarse con mas claridad lo que antes hemos dicho de la identidad del espacio, como elemento de la historia.

Resumiendo cuanto acerca de la unidad hemos demostrado, podemos decir con un historiador contemporáneo: que puesto que son ciertos los cuatro hechos característicos de la identidad en el sujeto que realiza la historia, el tiempo, el espacio y la historia misma, y la solidaridad humana; puesto que en el objeto mismo hay identidad, por cuanto aunque en forma

subjetiva y libre, los hechos periódicamente se repiten los mismos, no en cantidad y variedad, sino en naturaleza y género; se deduce que hay en los hechos un elemento permanente, universal, uno, y por consiguiente que al estudiar la historia universal comparadamente de unos pueblos con otros, el historiador no debe pararse tanto en lo que hay en los hechos de particular, transitorio y relativo, como procurar la continuacion del estudio del hecho, hasta encontrar lo general, permanente y absoluto de la idea ó principio que le causa. De este modo todo hecho particular se explicará por otro mas general en que estará contenido; y sin desatender ni olvidar lo particular, antes conservándolo en su accion individual y libre, se vendrá á parar á que todas esas fuerzas individuales no tienen un valor absoluto, sino en cuanto se refieren á fines generales y comunes, que consti tuyen la mas absoluta unidad al resolverse en el supremo de la perfeccion sucesiva que Dios impuso al hombre, para por ella poder con justicia aspirar al bien absoluto, y á la absoluta verdad.

Solo en este concepto es posible la historia universal; porque si el sujeto, los hombres, no fueran idénticos, mal pudiera hacerse su historia unida de unos en otros, como tampoco su vida estaria en mútua comunicacion. Lo propio sucedería si lo que realizan fuera esencialmente distinto y si hubiera una completa separacion entre los tiempos y espacios. Cualquiera de estas cosas produciria una verdadera discontinuidad en la vida humana, y una vez dada esta solucion de continuidad, la historia de la vida anterior ya no se ligaria con la siguiente, que tampoco podria ser continuacion de la que la precediera: y de aqui necesariamente resultaria para la historia una limitacion, que le quitaria todo carácter de universalidad.

Y sin embargo este carácter de universal se ha hecho cada vez mas necesario en la historia, y en el día es inseparable de su estudio el principio de unidad bajo que debe hacerse. Si en la edad antigua el espíritu de aislamiento que dominaba en los pueblos, por sus erróneas creencias sobre el origen y destino del hombre, pudo desconocerse el gran principio de la identidad del género humano, que hace posible y da unidad á la historia universal; desde el momento que el cristianismo enseñó á los hombres á dirigirse á Dios, como á padre comun, y á decir con entera verdad "Padre nuestro", no era ya posible desconocer la identidad de naturaleza, y con ella la de la vida de los hombres, y por consiguiente la unidad de su historia bajo Dios. Por donde quiera se encuentra esta gran idea en la nueva ley. En varios pasajes de los Evangelios, en los Hechos de los Apóstoles, y mas especialmente en las cartas de S. Pablo, y la católica de S. Pedro, se encuentra consignada y diversamente establecida la fecunda verdad de la unidad del género humano.

Agitada la edad media por las convulsiones y dolorosos sacudimientos entre que desarrolla los gérmenes de una nueva vida, apenas tiene tiempo mas que para obrar, y no puede desarrollar las enseñanzas que entraña este gran principio: y continúan en ella la historia y la vida con igual, ó acaso mas marcado carácter de localidad que en la antigua. Solo algunos genios superiores como Eusebio, Sulpicio, Severo y algun otro, especialmente S. Agustín en su *Ciudad de Dios*, indican la posibilidad de una historia universal, fundada en la unidad del género humano. Lo que estos genios superiores no hicieron mas que vislumbrar, apareció despues como un verdadero sistema que demuestra hasta la evidencia la verdad de lo que acerca de la unidad, como ley de la historia, llevamos indicado. Bossuet, Vico, Montesquieu, Voltaire, Boulanger, Turgot,

Bouchez, Kant, Hegel, Herder, Lessing, Schlegel y otros muchos entre los historiadores modernos, y aun contemporáneos, han presentado con diferente éxito diversas teorías sobre la ley de unidad en la historia, que en su misma variedad demuestran bien que hay gran fondo de verdad en este principio. Las condiciones de este trabajo no nos permiten presentarlas en toda su estension: así pues nos limitaremos á hacer una ligera exposicion de las mas notables, permitiéndonos sobre ellas algunas consideraciones de que no creemos que debemos prescindir.

Apasionado el ilustre obispo de Meaux por la religion que tan sinceramente profesaba, y deseando inspirar al Delfín, de cuya instruccion estaba encargado, un profundo amor y respeto hácia ella, procura demostrar en su inmortal Discurso sobre la historia universal, que la vida toda del género humano está dirigida por Dios en orden á demostrar en el trascurso de los tiempos la continuacion de la religion, y la sucesion de los imperios, viniendo estos á ser ó instrumentos que la preparan, ó como escolta que la acompaña; de modo que la vida toda de la humanidad se determina por el cristianismo esperado ó realizado, y á él se refiere. Poseido de un profundo amor y verdadero entusiasmo por la religion que ennobleciendo al género humano, dirige al hombre por el único camino que conduce á la felicidad, todo lo refiere á ella, y ve en cada página de la historia un monumento en que su apasionado corazón siente brillar mas cada vez la luz divina que la ilumina, y la Providencia de Dios que por tan diversos medios nos pone en camino de ella. A él es debida, como observa un escritor contemporáneo, la idea de poner á todos los pueblos bajo la guia y mando de Dios. Y en verdad que bajo este concepto la teoría de Bossuet es tan cierta, como elocuente la forma en que está expuesta. Si de alguna falta adolece como teoría que se propone explicar

la historia bajo una idea superior como ley de unidad, es de no ser completa; no porque no quepa en ella cuanto para esto se requiere, sino porque Bossuet solo se propuso demostrar por la historia de todos los hombres la continuacion de la religion y la sucesion de los imperios. Así terminantemente lo dice al exponer el objeto de su obra en estas palabras: "Este compendio efrece à V. A. un gran espectáculo. Vé en él V. A. desenvolverse todos los siglos, por decirlo así, en pocas horas delante de sus ojos: mira como se suceden los imperios unos á otros, y como se sostiene la religion en sus diferentes estados, desde el principio del mundo hasta nuestro tiempo; la continuacion pues de estas dos cosas, quiero decir, de la religion y de los imperios es la que debe vuestra alteza imprimir en su memoria." El mismo pensamiento, repetido en toda la obra, está mas estensamente declarado al empezar la segunda parte de su discurso: ved aquí con qué elocuentes palabras: "Sobre todo la religion y la continuacion del pueblo de Dios, considerada de este modo, es el mayor y mas útil de todos los objetos que pueden proponerse á los hombres..... Ciertamente, Sermo. Sr., no se puede concebir cosa mas digna de Dios, que haber escogido para sí un pueblo que fuese ejemplo palpable de su eterna Providencia; un pueblo cuya buena ó mala fortuna dependiera de su piedad, y cuyo estado diese auténtico testimonio de la sabiduria y justicia del que le gobernaba. Por aquí empezó Dios, y esto es lo que hizo ver en el pueblo judáico. Pero despues de haber establecido por tantas bien perceptibles pruebas el incontrastable fundamento de que "El solo dirige, segun su voluntad, todos los sucesos de la vida presente, era tiempo de elevar á los hombres á mas sublimes pensamientos, y de enviar á Jesucristo, á quien estaba reservado descubrir el nuevo pueblo recogido de todos los pueblos del mundo, los secretos de la vida futura." "Facilmente podrá V. A.

observar la historia de estos dos pueblos, y notar como Jesucristo hace la union de uno y otro: pues, ó esperado, ó venido, fué, y es en todos los tiempos el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios."

"En ella, pues, verá V. A. la religion siempre uniforme, ó por mejor decir siempre la misma desde el origen del mundo, en que el mismo Dios ha sido siempre reconocido como autor, y el mismo Jesucristo como Salvador del género humano."

"Así conocerá V. A. que nada hay mas antiguo que la religion que profesa, y que no sin razon sus antepasados y progenitores han puesto su mayor gloria y honra en ser protectores de ella."

Sin duda que es de notoria verdad que la Providencia de Dios, patente en todas las cosas, se manifiesta por la historia de una manera mas especial en la conservacion de la religion, que es uno de los principales fines, mas diremos, el mas importante para el hombre. Pero no es menos cierto que si el fin religioso es el que mas interesa al hombre, no es el único que este tiene que cumplir. Una enseñanza por consiguiente que solo se propusiera este objeto, no seria completa; y por esta misma razon, una teoría histórica, que no mira mas que á este fin, aunque interesante y útil, no responde á lo que el hombre se promete de la experiencia de los demas en el modo de cumplir las relaciones en que está con Dios, consigo mismo y con los demas hombres. Hé aquí el lado flaco de la teoría de Bossuet. La base de ella sin embargo es ancha y sólida. A partir del mismo principio, si se hubiera propuesto demostrar, no solo la continuacion de la religion y las sucesiones de los imperios, que era lo que él deseaba inculcar en el ánimo del Delfín, si que tambien que la vida toda de la humanidad en sus diferentes manifestaciones, no tiene otro objeto que realizar los fines de la Providencia, sin duda que lo hubiera conseguido sin grandes esfuerzos, dados

su clarísimo talento y sólida instrucción. Entonces solo hubiera sido posible objetar á su teoría lo que en general oponen las inteligencias vulgares á la acción de la Providencia: que induce al fatalismo. En la continuación de este trabajo refutaremos semejante error.

De Bossuet dijo muy ridículamente Voltaire, "que no era otra cosa que el historiador del pueblo judío únicamente;" y *La Harpe*, haciéndose cargo de este dicho, contesta: "No, Bossuet es el historiador de la Providencia, en lo que nadie ha sido más digno que él. Nadie absolutamente ha seguido mejor que él el encadenamiento de las causas segundas, aunque refiriéndolas siempre á la causa primera. Todo en él es consecuente, y los resultados morales toman su evidencia de los hechos. Su pensamiento marcha con el tiempo, y los sucesos desde el principio del mundo hasta nuestros días, y á cada momento derrama torrentes de luz, que todo lo esclarecen, y hacen verlo todo, los siglos, los hombres y las cosas."

Llevando Voltaire á la historia el odio que le movía á llamar al cristianismo "el infame", y á encargar á Diderot que le aplastara; y procediendo en ella con su característico espíritu de incredulidad y tendencia demoleadora de cuanto sólidamente estaba á la sazón establecido, en su Filosofía de la Historia, que Mably calificó de libelo indigno, procura hacer ver con sus acostumbres mofas y agudezas, que todo en la historia está subordinado á la libre expansión y desarrollo de la voluntad humana, que las cosas ocurren al acaso, y que para nada, por tanto, es preciso acudir á la Providencia. Truncando los hechos de la historia, y encubriendo en burlescas frases su mala fé, para demostrar que es innecesaria toda religión y acción divina sobre el mundo, llega á asentar que la organización de la China y su manera de ser constituyen el ideal y tipo de perfecta vida social. De modo que aquel á quien no satisfacía la or-

ganización dada al mundo por el cristianismo, que combina y armoniza la perfectibilidad sucesiva con la estabilidad para que aquella se desarrolle, se postró de hinojos ante la eterna inmovilidad á que la absorbente extensión de la sociedad doméstica en el sistema de Confucio condena á la sociedad, y de que dá bien clara muestra la China. Esto demuestra como observa oportunamente Cantú, mejor que todo lo que pudiera decirse, cuantas extravagancias está obligado á creer el que no quiere creer en nada.

Las teorías de Bossuet y Voltaire, aunque diametralmente opuestas en el fin, como que tienden la una á exaltar la Providencia, y la otra concluye por negarla completamente, tienen de común el método con que proceden: las dos partiendo de los hechos que la historia refiere, procuran elevarse á una idea superior que los explique.

Juan Bautista Vico se dirigió al mismo fin por camino bien distinto. Según él en su obra titulada *Principios de una ciencia nueva, relativa á la naturaleza común de las naciones*, el mundo social es obra de los hombres. Al estudiar las revoluciones, es preciso buscar cuales son los principios inmutables y fundamentales de que dependen la existencia y movimientos de las sociedades. Así dice, se podrá explicar cómo se forman y mantienen las naciones, y se llegaría á formar una historia de las ideas humanas, que podría servir de base á la Metafísica. Al desarrollar este principio, que envuelve sin duda gérmenes para el movimiento progresivo que es indispensable buscar en la historia, Vico lo hace por tan extraño modo, que va á parar á un fatalismo histórico desconsolador, que pudiera resumirse en este aterrador principio: "los esfuerzos de los hombres hacia lo mejor no pueden conducirlos sino á lo peor y á la ruina," extraña consecuencia, que no era de esperar del que ponía los principios porque se rigen el mundo y las na-

ciones "en la naturaleza de nuestro espíritu, y en la fuerza de nuestra inteligencia." Veamos sin embargo como viene á concluir en este resultado. Segun él todas las instituciones sociales están encerradas en tres costumbres, la religion, el matrimonio y las sepulturas. Examinando los hechos históricos relativos á estas, que él llama costumbres, encuentra que las mas remotas tradiciones refieren tres edades del mundo, la de los Dioses, la de los héroes y la de los hombres. Hé aquí como las explica.

En la primera edad, los hombres mas inteligentes, como los mas fuertes entre los hombres errantes por las selvas, bajo la influencia del terror que les inspiran los fenómenos que los rodean, y que no saben explicar, se esconden en las cavernas de los montes, temen y adoran á Dios. En los accidentes y ruidos de esta naturaleza misteriosa ven ellos los gestos y la palabra del Ser Todopoderoso: lo interpretan y se gobiernan por los auspicios. Instituyen el matrimonio, como un lazo sagrado, y fundan así la familia con sus tradiciones y sus derechos hereditarios bajo un jefe guerrero y sacerdote á la vez. Principian los trabajos agrícolas, y el misterioso lazo de la sepultura viene á apegar á la familia al suelo. Pronto los hombres errantes débiles de inteligencia vienen á pedir auxilio á estos jefes, á quienes los auspicios y las armas hacen poderosos; hácese sus clientes, y como que no tienen Dios, ni pudor, se dejan guiar como un rebaño por sus pastores. Esta es la edad divina.

Pero al cabo de algun tiempo de vida patriarcal, los jefes se convierten en señores duros: los clientes, que por su misma servidumbre han adquirido el sentimiento de sus fuerzas, y su valor, se irritan y amenazan. Entonces los jefes de las familias se unen entre sí, para formar con la union un conjunto sólido y formidable, así por la fuerza de las armas, como por la mayor pro-

teccion divina. Estos jefes eligen de entre ellos, á veces, un rey; otras, un administrador temporal. Tal es el origen de la ciudad antigua, que empieza siempre por una aristocracia con la triple alianza de los auspicios, los matrimonios y la sepultura, gobernando á una plebe de clientes impíos y sin pudor. Este tiempo constituye la edad heroica.

Semejante estado social lleva en sí los gérmenes de su destruccion. Los clientes, los plebeyos, tienden á salir de su estado, y piden una parte en el gobierno. Roma, dice, nos ofrece un ejemplo de revueltas civiles, en medio de las que la aristocracia pierde su poder, y concluye por partirlo con aquellos mismos á quienes antes señoreaba. Este es el principio de la edad de los hombres. Despues, cuando cesa esta lucha de clases, y ya no necesitan los hombres unirse para defenderse, y conquistar un bien comun, se abandonan á las inspiraciones de su egoismo, decaen las costumbres, y se acepta la monarquía, como remedio de una depravacion que ya no puede corregirse, ni gobernarse. Este poder no basta ya para contener el torrente de las malas costumbres, deja de ser nacional y se corrompe tambien á su vez. Entonces la sociedad se despedaza. Asi las naciones tienden por la corrupcion á dividirse y destruirse, para de sus restos volverse á renovar y renacer, como el fénix de la fábula. La historia, segun Vico, nos ofrece la sucesion de dos de estos movimientos: uno anterior á la corrupcion romana; el otro partiendo de la invasion de los bárbaros, nos presenta la edad divina en el gobierno de la Iglesia; la heroica en el feudalismo, de la que se ha vuelto á la monarquía.

Esta teoría, si bien es, como dice Bouchez, un vigoroso ensayo para encontrar una ley superior que explique los hechos, envuelve á la historia en un fatalismo, que haciéndola girar en movimiento circular tan solo, que se repite en las diferentes edades, niega

toda sucesion progresiva, de la que depende el desarrollo y perfeccionamiento á que el hombre se siente inclinado por un impulso de su naturaleza, y por la energíá misiva de sus facultades.

Del principio de Vico, "que las leyes del mundo están en la naturaleza de nuestro espíritu y en la fuerza de nuestra inteligencia" han sacado los partidarios de la escuela que se llama por antonomasia, filosófica, consecuencias bien distintas, y un movimiento tal de instituciones, prácticas y costumbres, que hace en extremo peligrosa su aplicacion. A todo hecho, dicen, precede una idea, como á toda historia una filosofía; debe por tanto seguirse la ley de las ideas: y allí por consiguiente donde ellas demanden un cambio de instituciones, cosas ó personas, el hecho debe venir siempre á realizarle. Tal es, segun ellos, la ley de la historia.

Como para contener el excesivo movimiento que esta teoria imprime á la historia, la escuela que se denomina histórica, fundada en las minuciosas observaciones de Montesquieu, asentó que la historia se explica por la historia, es decir, los hechos por los que los preceden: y puesto que todo hecho contribuye á la produccion del que le sigue, debe conservarse de algun modo en él: por lo que los cambios y las mudanzas no han de hacerse precisamente por lo que la lógica de las ideas exija, sino por lo que la condicion de las cosas en cada tiempo permita; para lo que ha de tenerse muy en cuenta la influencia de los legisladores, las opiniones de los filósofos, y no pocas veces las condiciones del clima en que se vive.

Deseando Boullanger dar unidad á la historia, se propone en su *Economía política*, fundar la ciencia de mantener á los hombres en sociedad; y poniendo en tributo los adelantos de la geología, de las lenguas, y el estudio de los libros del Oriente, acade á la historia para demostrar, á la manera de Vico, que hay una cons-

tante sucesion circular en la vida humana, en virtud de la que las sociedades pasando por los períodos, divino, heróico y humano, han venido á constituirse bajo las monarquías templadas, como la mejor forma de constitucion política.

Manuel Kant, partiendo del principio de que las disposiciones naturales de toda criatura son tales, que deben desenvolverse enteramente en relacion á sus fines: y que las del hombre fundadas en el uso de su razon deben tambien desenvolverse enteramente, no en el individuo, sino en la especie, "considera la historia de la especie humana, como la ejecucion de un plan oculto de la naturaleza, la cual tiende á establecer una perfecta constitucion interior, y para llegar á ella, otra parecida exterior de estados, como el solo orden de cosas donde pueden desenvolverse enteramente las disposiciones que ella ha puesto en la especie humana; por lo que el ensayo filosófico de una historia universal conforme á un plan de la naturaleza, que tendiera á establecer entre los hombres una perfecta sociedad civil, debe considerarse no solo como probable, sino como debiendo concurrir á la ejecucion del plan de la naturaleza."

Kant explana estas generalidades en largos comentarios que no es posible examinar aquí, y que inspiraron á Hegel y Herder un panteismo histórico, análogo al filosófico que profesan, y á los sansimonianos su teoria esencialmente comunista.

En la imposibilidad de presentar en los estrechos límites de un trabajo de esta clase todas las teorías que los mas eminentes escritores modernos han adoptado para estudiar la historia bajo una ley de unidad, y entre las que merecen especial mencion la de Federico Schlegel Lessing; conde de Maistre, Victor Cousin, Daunou y otras varias, concluiremos esta exposicion ocupándonos, si bien será ligeramente, en dos que en nues-

tros días y en nuestro país corren con varia fortuna en algunas escuelas.

Después de algunas investigaciones psicológicas, de que deduce fuadamente un escritor contemporáneo la identidad del sujeto de la historia, así como la de esta y del medio en que se realiza; teniendo en consideración que por la ley de unidad lo particular se refiere á lo general que lo contiene, deduce que la *humanidad* es la unidad superior comprensiva de las demás, y por consiguiente que *la humanidad es la ley de unidad en la historia.*

Nosotros, salvo el profundo respeto que el autor de esta teoría nos merece, nos permitiremos una ligera observación. A no dudar, lo que haya de servir de ley de unidad para la historia, ha de ser, ante todo, *real*, y además *superior á la misma historia y fuera de ella*, por cuanto ha de ser el fin que se propone realizar; y preciso es confesar que ninguna de estas condiciones llena la palabra *humanidad*.

Pretenden algunos que la humanidad es un ser concreto extra y sobrehumano, por cuanto no depende de cada hombre, y tiene un fin y leyes distintas de los individuos, y tan superiores, que á ellas se han de atemperar, y por ellas regirse todos los actos y pensamientos de estos.

Cualquiera comprende que si para fundar una teoría *social, muy social*, tanto que hasta socialista podría ser, conduce mucho esta concepción de la humanidad, para lo que real y verdaderamente es la vida y el hombre en ella, semejante concepto vale poco, por carecer enteramente de realidad. Sin hombres no hay humanidad; y por tanto *humanidad* aparte y sobre los hombres, ni aun como distinta de ellos es pura quimera y concepción ideal: y esto mal puede servir de base para la historia. Si la humanidad es un ser concreto, ¿dónde reside, cuáles son sus atributos y cuáles las propiedades por

que se individualiza? Sin duda que esto no puede demostrarse, y era preciso que se demostrara para que pudiera deducirse la individualidad real de esa supuesta entidad. El autor de la teoría que analizamos, dice que la "humanidad no es una pura abstracción, que es una unidad real, que implica comunidad de origen, fines y medios generales, de todo lo que deriva la fraternidad humana."

Aun así considerada la humanidad, no sale de la esfera de lo ideal, puesto que no es otra cosa que la idea de comunidad de origen, fines y medios generales de todos los hombres; por consiguiente no es una unidad real, sino el acto del entendimiento, por el que abstraendo de los individuos las cualidades que les son comunes, formamos un género superior, que careciendo de realidad absoluta, tiene tan solo la que es propia de cada uno de los hombres. Y esto es bien claro que no puede servir de principio y ley de unidad para la historia.

Menos aun puede esta explicarse por la ley de contradicción, como se enseña en alguna de nuestras escuelas. Se supone que todo hecho, como toda idea y todo ser, siendo en sí una tésis, envuelve y desarrolla de sí una antítesis, ú oposición, que superada, se resuelve en una síntesis superior, comprensiva de la tésis y antítesis precedentes: esta á su vez desarrolla otra nueva antítesis, parairse á resolver en otra síntesis superior, y así indefinidamente, resultando de esta constante oposición entre cosas y personas, los diferentes hechos que constituyen la historia.

A poco que se medite, fácilmente se ve, que no hay en esta teoría la realidad que es indispensable en lo que ha de ser principio y ley superior de la historia. El principio de contradicción, negativo como es, no puede jamás conducir, menos aun dar de sí lo que las cosas son ó hacen, sino tan solo servir de criterio para

cerciorarnos de lo que no son, como lo significan bien sus mismos términos “una cosa no puede ser y no ser á un mismo tiempo,” en que no se comprende mas que un enunciado negativo, la imposibilidad del ser y el no ser á la vez de una misma cosa. Además esas supuestas antítesis, ú oposiciones, que se dice desarrolla todo ser, para irse á resolver en síntesis superiores, era preciso que se probara que son leyes necesarias de los mismos; lo cual es completamente falso. La contradicción en este sentido, no es en sí nada real, significa tan solo falta de virtud ó potencia en el sugeto, ó mal uso de los convenientes medios, ó mala comprensión de los fines. Cuando algo de esto ocurre, es cuando aparece la contrariedad ú oposicion en la vida; pero cuando el hombre se propone un fin proporcionado á su fuerza y naturaleza, y emplea los medios mas convenientes para realizarle, entonces lo consigue sin que aparezcan semejantes antítesis, ni haya necesidad de tales síntesis superiores: así, por ejemplo, si el hombre se propone salvar las distancias instantáneamente, ó con una extraordinaria velocidad hallará no pocas antítesis ó dificultades; pero si lo quiere hacer por los medios ordinarios de locomocion de que dispone, entonces desaparece toda dificultad, toda antítesis, toda contradicción; con lo que evidentemente se demuestra que no puede ponerse la contradicción como ley de la vida y de la historia, por mas que en una y otra se vean no pocas contradicciones, que demuestran bien á las claras la imperfeccion y limitacion del hombre, pero que no pueden darle regla ninguna de vida.

Si despues de esta ligera exposicion de las principales teorías formuladas para dar unidad á la historia, se le preguntara al profesor que se honra en dirigirnos la palabra, bajo qué criterio la estudia él, y la esplicaria, como ya la esplicó, será terminante para contestar. Yo, Ilmo. Sr., creo con Cantú, con Bossuet, con Lau-

rent, con Lessing y el conde de Maistre, que los hechos de la historia son una palabra sucesiva en que se patentizan constantemente los decretos de la Providencia, y asiento, por tanto, que la *Providencia es la ley de unidad en la historia*. Este principio reúne las condiciones indispensables de ser real, superior, y comprensivo de toda la historia; y por consiguiente cuanto se requiere para ser ley de unidad de la misma.

Ofenderia vuestra religiosidad, si insistiera en demostrar la realidad de la Providencia. Vosotros la adorais como yo, porque veis claramente que si el mundo todo obedece y responde tan bien á la ley que Dios le ha impuesto, en la que se os presenta siempre su omnipotente mano, é infinita sabiduría, no es posible que el hombre, el ser mas perfecto del mundo, el rey de la creacion, haya sido abandonado á sus instintos: no, esto repugna: el hombre tambien ha recibido de Dios una ley que le conduce á su fin; y en el cumplimiento de esa ley y la realizacion de ese fin es ayudado por Dios, en lo que se manifiesta su Providencia. Si como dice Salomon “Las suertes mismas se meten en el seno, y Dios dispone de ellas,” si “por la disposicion de Dios persevera el dia, porque todo sirve á Dios,” como dice David; y si “Dios cuida de todo,” como dice la Sabiduría, ¿será posible que el hombre sea el único ser abandonado por Dios? Imposible de todo punto. El hombre ha recibido de Dios una ley, y su mision es cumplirla sobre la tierra; y de ello resulta que la ley de unidad para la vida como para la historia, es el cumplimiento de la Providencia de Dios por el de su ley en el mundo.

No se alarmen los que temen por el libre albedrío bajo la accion de la Providencia: lejos estamos de profesar el fatalismo, teoria tan triste como falsa. Yo no citaré para demostrar que la Providencia no perjudica á la libertad humana, la autoridad de Bossuet, de santo Tomás, S. Agustin, ni de tantos otros ilustres doctores

católicos, que han dilucidado esta cuestión: los teólogos hacen mejor que yo ese trabajo. Os citaré en apoyo de lo que he dicho palabras de un autor protestante, pero ilustrado: lo que á propósito de esto dice Laurent: "El gobierno providencial es la base de la filosofía de la historia; mas de que Dios dirige los destinos de los hombres, no se deduce que estos no sean libres y responsables de sus actos. Se me ha reprochado de fatalismo porque admito hechos que la libertad humana no explica por sí sola... y si alguna creencia religiosa anima mi obra, es que los hombres y los pueblos hacen ellos mismos su destino bajo la mano de Dios. La acción de la Providencia lejos de destruir nuestra libertad, viene en su ayuda, pero no nos exime de la responsabilidad de nuestros actos. De que un hecho sea providencial, no se deduce que el hombre que en él interviene, quede exento de responsabilidad. La responsabilidad se determina, no por los designios de Dios, sino por la ley del deber." Y esto es porque la Providencia se cumple de una manera análoga á la naturaleza de los seres que la realizan: los que no tienen libertad, lo hacen de una manera indeclinable: los dotados de libertad van hácia ella por el cumplimiento de su ley, de una manera libre.

Mas para la realización del gobierno y acción providencial son indispensables en la vida y en la historia dos condiciones esenciales: la idea de humanidad, y la de perfectibilidad progresiva. Sin la idea de humanidad desaparece cuanto deriva de la fraternidad humana, de la identidad de origen, medios y fin en los hombres; y entonces la Providencia pudiera creerse privilegio de hombres ó pueblos determinados, como vanamente lo creyeron algunos de la antigüedad, que por lo mismo no pudieron elevarse á la idea de humanidad. Y sin embargo, esta idea era tan grande y necesaria, que el mismo Dios se dignó habitar entre nosotros para

inculcarla de una manera indeleble, enseñando á todos los hombres á decir "Padre nuestro."

Pero esta idea no es por sí sola fecunda, si, como dice Bouchez, no va acompañada de la de perfectibilidad y mejoramiento progresivo. Sin ésta, la humanidad se inmoviliza, y sus fuerzas y facultades carecerían de espacio en qué ejercerse; fuera negar al hombre el porvenir para encadenarle en lo pasado y presente contra la noble aspiración que cada cual siente en su alma, de obtener un estado mejor y siempre mejor, hasta llegar á la bienaventuranza que Dios le promete, y él codicia. Pero, entiéndase bien; este progresivo mejoramiento, ó este progreso simplemente, tiene también una ley que le modera. Ancha, é inacabable es su esfera de acción en lo relativo á los fines humanos; pero nada tiene que hacer en los divinos determinados por la religión. No puede en ella el hombre hacer modificaciones para mejorarla; al hombre tócale tan solo cumplirla, y en hacerlo bien está su mérito. Nosotros, por tanto, rechazamos con todas nuestras fuerzas la opinión de aquellos que, como Laurent, dicen que la religión es progresiva como la vida; y decimos con entera verdad, que la vida es progresiva bajo la religión, y solo con ella: y como la religión verdadera es el cristianismo, podemos resumir nuestro trabajo en esta fórmula concreta: "La ley de unidad bajo que debe estudiarse la historia, es la Providencia de Dios, realizada mediante las ideas de *humanidad* y *progreso* bajo el cristianismo y por el cristianismo."

Jóvenes alumnos, á quienes principalmente van dirigidas estas reflexiones, al emprender con el entusiasmo propio de vuestro generoso espíritu el áspero y fatigoso camino de la ciencia, no olvidéis que lo que es ley de la historia lo es también del saber por que anhelaís; y que si la ciencia es progresiva y perfectible, no siempre está progresando y perfeccionándose. El verdadero pro-

greso y perfeccion de ésta se realiza cuando descubre la verdad; así como el del hombre cuando la conoce, practica el bien, admira la belleza y adora la justicia. Buscad pues con incansable afán la verdad, para perfeccionar vuestro entendimiento; amad á la virtud para practicar el bien, y satisfareis, á vuestra voluntad: extasiaos ante la verdadera belleza, que resume las dos anteriores, y vereis que nada mas ansía vuestra sensibilidad; adorad y practicad la justicia, y contribuireis á afianzar el bien general de la sociedad, que á vosotros fia y de vosotros espera el que aun está muy lejos de haber alcanzado.

HE DICHO.

Dr. José Campillo.

